

ALFAGUARA INFANTIL

La estupenda mamá de Roberta

Rosemary Wells

Ilustraciones de la autora



Mamá le dio a Roberta una moneda
y un beso, y le dijo:

—Compra algo rico para nuestra
merienda en el campo.

—Sí, mamá —dijo Roberta y empujó
el cochecito de Melania cale abajo.



Roberta se paró
para ayudar al cartero.
—Veo que Melania tiene zapatos
nuevos —dijo el cartero.
—Mamá se los hizo —dijo Roberta.
Los zapatos de Melania
eran de seda azul.



—Buenos días —saludó el policía—.
Veo que Melania
tiene un vestido nuevo.
—Mamá se lo hizo —dijo Roberta.
El vestido de Melania
era blanco con florecitas azules.



—¡Qué muñeca tan bonita! —dijo la
pastelera.
—Mamá me la hizo —dijo Roberta.
La pastelera le regaló una rosa
de azúcar.



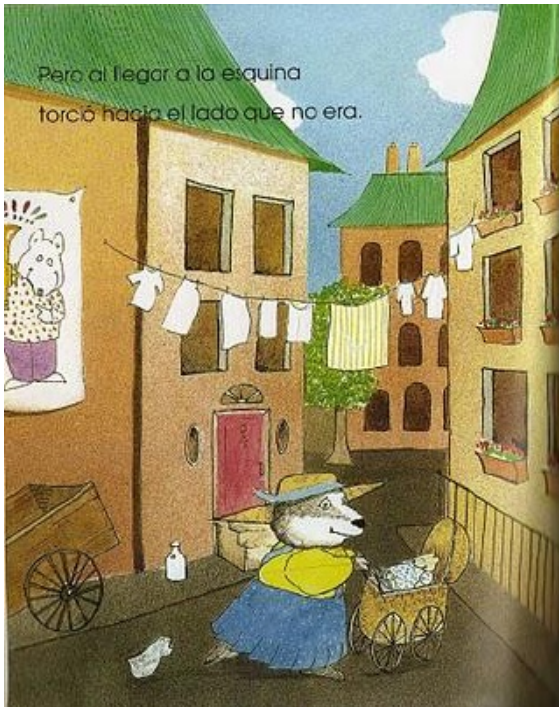
Roberta compró a la pastelera
dos pastas con una cereza en medio,
una para ella y otra para Melania,
pero como Melania
no podía abrir la boca,
Roberta se comió las dos.



Con el dinero que le quedaba
compró unas uvas
en el puesto de la frutera.
—¿Sabrás volver a casa tú
sola? —le preguntó la frutera.
—Sí, ya lo creo —contestó Roberto.



Pero al llegar a la esquina
forzó hacia el lado que no era.



Y después volvió a forcer
por otro camino que tampoco era...



... hasta que se encontró
sobre una calina solitaria
en una parte de la ciudad
en la que no había
estado nunca antes.



No te preocupes, Melania —dijo
Roberta—. Encontraremos el
camino para volver a casa.
Justo entonces oyó la voz
de un chico que gritaba:
—¡Oye, Virginia, alguien quiere
robarnos la pelota!



Y en un momento Roberta se vio rodeada.
—¿Qué vamos a hacer, Virginia? —preguntó el otro chico.
—Pues si ella quiere jugar con nuestra pelota, nosotros jugaremos con su muñeca —dijo Virginia.



Melania voló por lo aires de mano en mano. Y por los aires volaron también sus zapatitos de seda azul.
—¡No hagan eso! —gritó Roberta.



Pero ellos la tiraron más arriba
y más lejos. Perdió su vestido
y se le salió el relleno.
—¡No! —suplicó Roberta, pero no
podía hacer nada para detenerles.



Cuando los chicos se cansaron
de jugar, Melania no era más
que un harapo.
—¡Pobre Melania,
pobre Melania! —gimió Roberta.
—Vamos —dijo Virginia—, llévame
cuesta abajo en el cochecito.

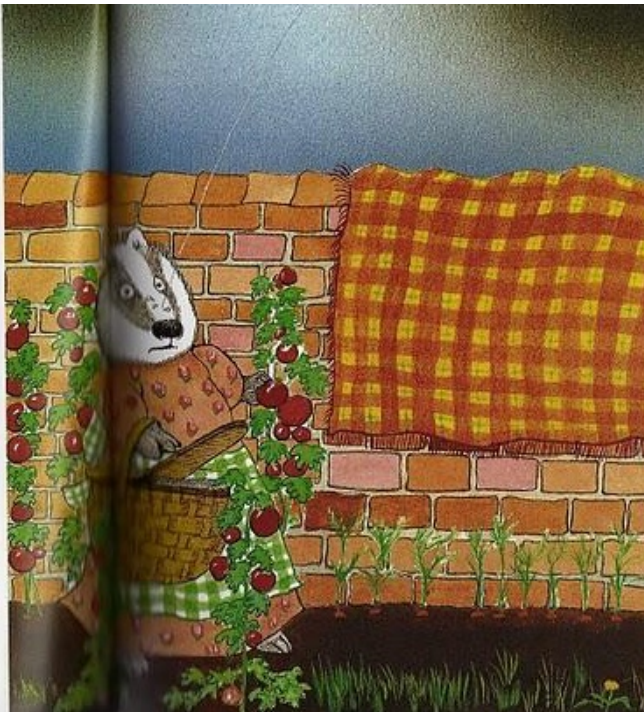


Roberta abrazó a la destrozada
Melania. Oyó cómo el cochecito
caía en la laguna que había
al pie de la colina.

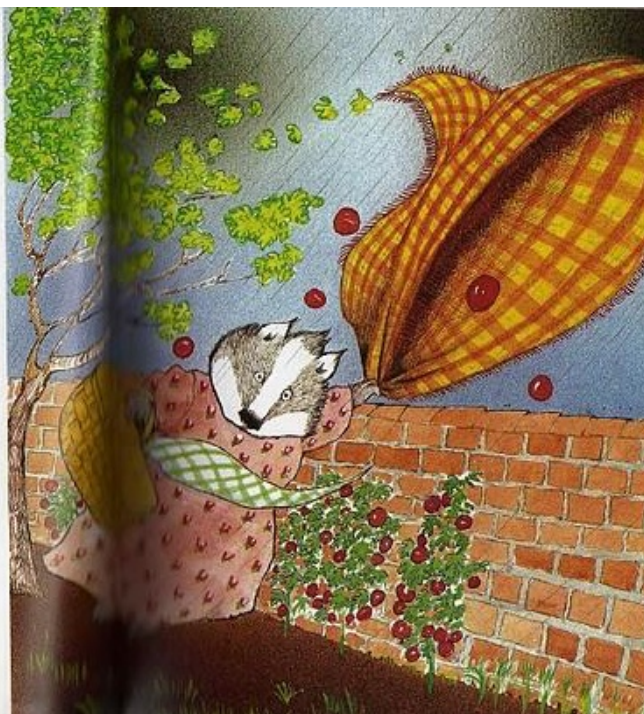
—¡Mamá, mamá! —lloraba
Roberta—. ¿Dónde estás?
Quiero que vengas...



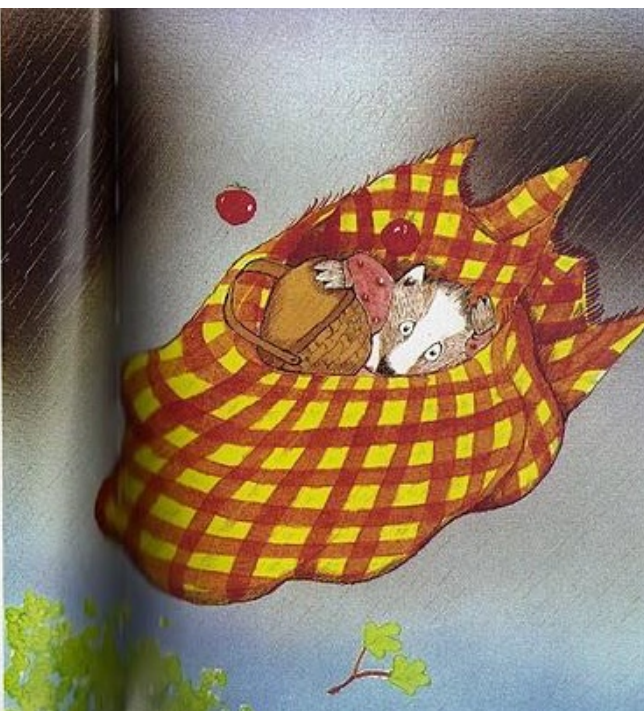
En aquel mismo momento,
al otro lado de la ciudad, la mamá de
Roberta estaba recogiendo tomates
para la merienda en el campo.
Algo le hizo pensar que Roberta
la necesitaba. Cayó una gota de
lluvia. Después empezó a caer
un fuerte chaparrón y se levantó
un viento tremendo.



El viento hizo volar al mantel por encima de la pared del jardín. La mamá de Roberto agarró el mantel, pero el viento sopló tan fuerte...



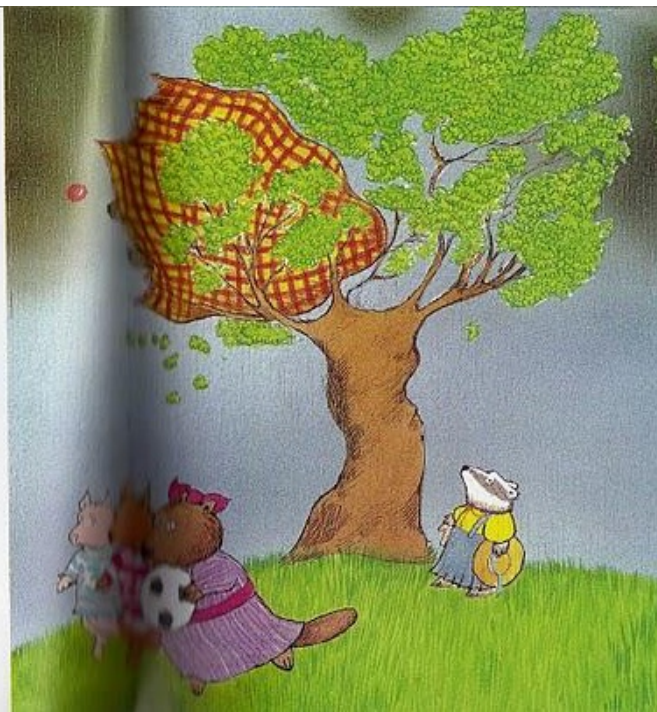
... que arrastró a la mamá de Roberto junto con la cesta de la merienda y los tomates. Todos volaron por encima de los árboles como si pesasen menos que una hoja.



El mantel, con todo lo que llevaba dentro, fue empujado por el viento y pasó por encima de la ciudad.



Al final cayó sobre el mismísimo árbol bajo el que Roberta se había protegido de la lluvia. Virginia y los dos chicos se iban a marchar corriendo hacia su casa cuando una fuerte voz resonó desde lo alto del árbol: —¡Eh, un momento!



Un tomate le reventó a Virginia
justo entre los dos ojos.

—¡Nada de irse antes de
dejar a Melania como estaba!

—¿Quién habla? —preguntó
Virginia asustada.

—¡Es mamá! —dijo Roberta.



—¡Busquen ahora mismo los zapatos
y el vestido de Melania! —ordenó la
mamá de Roberta—. ¡Metan todo
el relleno y cosan lo roto hasta
que la dejen como nueva!
La mamá de Roberta le echó a
Virginia la bolsita de costura que
siempre llevaba en el bolsillo.
Después le tiró tres tomates más.



Los dos chicos se abrazaron
temblando.

—La culpa ha sido de
Virginia —gimotearon.

La mamá de Roberta lanzó una
sonora carcajada amenazadora:

—Vayan a buscar el cochecito de
Melania y límpielo hasta que
reluzca —ordenó.



Los dos chicos se pusieron a secar
y a frotar con todas sus fuerzas.

Mientras tanto, Virginia cosía
sin parar.

Volvió a salir el sol y las nubes
desaparecieron.



El cochecito de Melania
volvía a estar limpio
y las ruedas giraban sin
un sólo chirrido.
Melania había quedado arreglada,
menos los ojos, que Virginia no había
sido capaz de encontrar entre la
hierba.
En cuanto los dos chicos y Virginia
se marcharon, la mamá de Roberta
saltó al suelo.



La mamá de Roberta
encontró los ojos de
Melania y se los cosió mientras
Roberta empezaba a merendar.



—¡Qué estupenda eres,
mamá! ¿Cómo pudiste
hacerlo todo tan bien? —dijo
Roberta.

—Pues yo creo que ha sido porque
te quiero —le dijo su mamá.



Más tarde recogieron todo y se fueron a casa. Habían sobrado bizcochos, así que Roberta se llevó dos, una para Melania y otro para ella, pero como Melania no podía abrir la boca, Roberta se comió los dos.

